

Le Dieu logró elevarse en ellas por encima de su nivel habitual; entra en particularidades que gusta conocer cuando se trata de los grandes hombres, y en detalles sin bajeza ni trivialidad. Expresa bien el carácter de aquella grande y familiar elocuencia, como hombre no indigno de sentirla. Los amigos á quienes leyó su trabajo, del que estaba orgulloso, tuvieron razon en felicitarle y en recomendarle que consignara los pormenores posibles, no omitiendo nada « de lo que pinta al hombre en todas las circunstancias de su vida », no imitando el gusto sencillo y algo desnudo del demasiado clásico abate Fleury. El pasaje en que Le Dieu dá el carácter de Bossuet en el sermón y explica su manera de prepararse á hacerlo, mereció con justicia todos los elogios. Hubo quien no le ocultó la sorpresa que causaba encontrar las Memorias, más bellas, mejor escritas de lo que se esperaba. Los más impresionables decían que aquello era *un tesoro*, que publicándolo se haría un servicio á la Iglesia y que no había otro, fuera de Le Dieu, en condiciones de hacer una obra semejante.

En efecto, las *Memorias* de Le Dieu han sido útiles á todos los que las han consultado para estudiar á Bossuet, al cardenal de Bausset en primer término, á Floquet y á otros. Pero no podemos opinar lo mismo del famoso *Diario*, empezado por Le Dieu cuatro años ántes de la muerte de Bossuet para proseguirlo hasta su propia muerte (1699-1713). El *Diario* es de un carácter muy diferente del de las *Memorias* y es sensible que se haya publicado *in extenso*, pues no hace favor á nadie. ¡ Hay tan pocas personas que sepan leer bien, y sería tan fácil hacer maliciosas interpretaciones !

Contra Bossuet... ¿ quién se atrevería ? Pero álguien se atreverá más tarde ó más temprano. Bossuet ha tenido y aún tiene adversarios, y no faltará quien invoque el *Diario* de Le Dieu para disminuirlo y rebajarlo. No fué tal el designio de Le Dieu; pero sometió á su ilustre obispo á una prueba de la que no saldría muy bien librada ninguna gran figura, por muy grande que fuera. Consigna día por día todas las acciones y todas las palabras que se le escaparon á Bossuet en la época de su decadencia y última enfermedad y hasta las quejas en que prorumpía de noche cuando se creía solo; poniendo en estos detalles el minucioso cronista, más que un espíritu de observación, una pequeñez que se acentúa cada vez más, una bajeza no

ménos peligrosa que pudiera serlo la malignidad más hipócrita y sutil.

Los dos últimos tomos que acaban de publicarse nos dan á conocer al abate Le Dieu en sí mismo, obligándonos á retirar los elogios prematuros que se le habían tributado. Su carácter no tiene elevación y el sentimiento no puede suplir; en lo sucesivo no podrá llamársele el *buen* abate Le Dieu. Pareciendo adicto á Bossuet, no persigue otro interés que el propio y el de los suyos. Él mismo lo confiesa cuando intenta justificarse á propósito de un primo, el cura Honbrel, á quien cita con frecuencia:

« En el mismo tiempo, dice, acabé mi trabajo sobre la Censura de la Asamblea del clero de 1700, y se lo leí todo á M. de Meaux para *merecer cada vez más sus favores*; me lo agradeció y me hizo mil alabanzas. En seguida emprendí la corrección del Misal y del Breviario, trabajos que también leí á M. de Meaux y aprobó igualmente; *todo esto con la intención de tenerlo propicio en las ocasiones*. Pero el abate Bossuet, que ya tenía sus miras y quería ser el amo, disminuía adrede y maliciosamente el mérito de mis trabajos y servicios á M. de Meaux, por miedo de que este me hiciera nuevas gracias. En efecto, en 1701 y 1702 se dieron tres canongías, á M. de Mouhy, á M. de Mailly y al joven Phelippeaux, y entónces me dijo M. de Meaux que á la primera vacante pensaría en mi primo. ¿ Podía yo hacer otra cosa que redoblar mis asiduidades y aumentar mi trabajo? Todo mi empeño estaba en merecer una canongía para mi primo, y necesitaba conducirme con tanta mayor cautela por cuanto el abate Bossuet estaba siempre dispuesto á darme disgustos... Pero Dios me ha hecho la gracia de darme paciencia y de sostenerme con la esperanza en las bondades de M. de Meaux. »

Tal era el móvil confesado de su asiduo celo. Estaba en lucha sorda y continúa con el abate Bossuet (sobrino ambicioso y activo del prelado) de quien no he de hacer la apología; pero el papel del abate Le Dieu no era tampoco muy recomendable; pretende ser más astuto y no tiene otro objeto que sacar todo el provecho posible.

Durante los últimos diez y ocho meses de la vida de Bossuet, el abate Le Dieu nos tiene más al corriente de lo que querríamos de todos sus agravios y de todas las miserias de la casa en que el prelado ilustre estaba encadenado por la gravedad de sus dolencias. Acusa al

abate Bossuet de querer arrebatarle la confianza de su tío, de apartar á este de lo que no fuera su familia, de aislarlo de sus más antiguos servidores y criados, de aspirar solamente á ser su heredero en el obispado y su legatario de los manuscritos y otras cosas. La impresion que deja la lectura de tan tristes detalles no puede ser más desconsoladora, pues á la larga se refleja poco ó mucho en la noble figura presentada en marco tan mezquino.

Al hablar del primer tomo del Diario me hice cargo de las penosas palabras que atribuye á Bossuet juzgando á Fénelon, palabras que debieron sepultarse en el más profundo olvido y que Le Dieu se complace en notar y recoger al sorprenderlas en los labios de M. de Meaux. Si Bossuet decia una buena frase, Le Dieu no la repetía. Se apoderaba con preferencia de las expresiones familiares y comunes, haciéndolas más triviales al escribirlas. Pudiéramos citar muchos ejemplos.

En el segundo tomo continúa Le Dieu vengándose del abate Bossuet en detrimento de su tío; no pierde ocasion de sorprender todo lo que sea pequeño y denigrante. No lo hace por voluntad, sino por naturaleza. Refiere la obstinacion de Bossuet en su enfermedad, queriendo ir á Versalles por dar gusto á su sobrino (este sobrino era la pesadilla de Le Dieu), y lo que decia de este particular madama de Maintenon. — Viviendo en Paris en la calle de Santa Ana, iba el ilustre enfermo cuando se sentía mejor á dar algunos paseos por el jardin de las Tullerías. Sobre esto leemos en el Diario:

«Viernes y sábado (19 y 20 de Octubre de 1703) paseo por las Tullerías; todo lo demas como los dias anteriores; al subir y bajar los terrados de las Tullerías nos decia monseñor que ejercitaba sus fuerzas en las pendientes suaves para ponerse en disposicion de ir á visitar al rey. De suerte que el prelado está resuelto á ir á Versalles aunque no se puede tener sobre sus piernas. ¡ Alabado sea Dios! ¡ Qué Dios ilumine á un hombre tan sabio! »

La idea de Versalles no estaba fija en particular en la mente de Bossuet: era la de todo el siglo. ¡ La escalera de Versalles! Racine murió quizá por no tener esperanza de subirla; Bossuet conservó hasta el fin su perspectiva, su vision dorada.

El empeño de Bossuet es hacer saber en las altas regiones que el estado de su salud no es tan desesperado como se ha creído. En una

visita al padre La Chaise, en la casa de jesuitas de la calle de San Antonio, quiso ver á los principales y más célebres de la casa; pero estaban ausentes los padres Bourdaloue, de la Rue y Gaillard.

« Sólo se encontraba allí el padre Gravé, confesor de la duquesa de Borgoña, y M. de Meaux le vió en la sala y aún en el cuarto del padre La Chaise; en la sala se paseó con él cerca de media hora, dando así una muestra de fortaleza y ánimo, para que el padre Gravé llevara á Versalles la noticia como él se lo suplicaba. »

No son estos detalles los que nos desagradan en Le Dieu, ni tampoco nos digustan los que da sobre la flaqueza enteramente humana y conmovedora de Bossuet, sobre su deseo de curarse, sobre su afan de vivir aunque fuese con sus males:

« El domingo 7 de Octubre de 1703, M. de Meaux pareció muy contento al despertar; habia dormido toda la noche y en su alegría se le escapó esta frase: « Ya veo que Dios quiere conservar mi vida. » Despues oyó misa en su capilla y se volvió á acostar hasta la hora de comer. Yo le leí el capítulo décimoquinto del Evangelio de San Juan, que oyó con mucho gusto y me dijo: « Eso es mi consuelo. » Despues añadió: « Demos gracias á Dios que nos ha dado tales consuelos para nuestros males, sin los cuales sucumbiríamos á ellos. » Se paseó cerca de una hora, luego se continuó la lectura de los viajes y por la noche hubo sinfonía. »

Y el 18 del citado mes:

« Da gusto oírle hablar de su salud en términos que expresan todo su amor á la vida; es pasmoso que este sentimiento no sea disminuido por la meditacion continua del Evangelio. »

Á pesar de todos los cuidados más ó menos interesados que le prodigaba su familia, parece que los últimos dias del gran prelado no fueron bastante honrados por los suyos. Madama Bossuet, la esposa de su sobrino, es una mujer mundana, y el abate Bossuet, otro sobrino, está absolutamente á las órdenes de su cuñada. Le Dieu, que los detesta, aún viviendo con ellos y siendo bien tratado, nos revela todos estos secretos de familia:

« El viernes último, 1.º de Febrero (1704), pagó el abate Bossuet á los ayudas de cámara y á sus mujeres dándoles para ir á la Ópera; y el sábado, fiesta de la Purificacion, les dió para un banquete... Nuestro

casuista manda á la servidumbre á los espectáculos contra los cuales ha escrito M. de Meaux. »

Y el miércoles de Carnaval, 5 de Febrero :

« Esta noche, gran festin; Madama Bossuet ha estado de baile con Madama de Pecouel y otras. »

Al día siguiente, miércoles de Ceniza :

« Madama Bossuet se ha levantado á las doce para tomar la ceniza y oír la misa que yo he dicho para M. de Meaux. ¡ Bonita devoción despues de la mascarada! Oída la misa se metió en la cama. ¡ Qué vida ! »

Por consiguiente, el abate Le Dieu era un espía doméstico. Á medida que se avanza en la lectura del Diario más se nota este carácter. Casi todo lo que dice es subalterno y bajo. Siendo Le Dieu lo que se ve en su Diario, se concibe que le desterraran del cuarto de Bossuet cuando este iba á morir. No aparece inscrito en el testamento; como los demas criados, queda recomendado en general á la liberalidad del albacea. Por eso no teme Le Dieu decir que aquel testamento *deshonra* á M. de Meaux, lo que no impide que pocos días despues componga la Memoria tantas veces citada, como lo hizo por encargo del abate Bossuet.

En esta Memoria, sus móviles no son más elevados; sólo sueña en hacerse necesario, en crearse una posición, demostrando que es el hombre indispensable para hacer una edicion de las obras de Bossuet y particularmente para la publicacion de sus escritos póstumos. Sólo él era capaz de leer y entender los manuscritos en su calidad de ex secretario. Para tal empresa fué positivamente designado por algunos amigos de Bossuet, como el abate Fleury y el doctor Pirot. El abate Le Dieu hubiera querido una pensión fija y habitación en París; el abate Bossuet, que no tiene prisa por publicar las obras de su tío, no concede tanto como pretendía Le Dieu; la familia se limita á colmarlo de atenciones, á recibirlo, á pagarle los viajes que hace á París una ó dos veces al año.

El abate Le Dieu revisa y ordena los manuscritos de la *Política*, de las *Elevaciones*, de las *Meditaciones sobre los Evangelios*, haciendo valer estos trabajos que hizo á su gusto: « El abate (Bossuet) me ha parecido admirado de que yo no le dé más, pareciéndole poco; pero

yo estoy bien resuelto á no apresurarme mucho; para el fruto que obtengo, no vale la pena de fatigarme tanto. » Paréceme que lo dice claro.

Entre tanto el *buen* abate Le Dieu aprovecha la hospitalidad y las comidas y los agasajos de la familia Bossuet, que le acoge cada vez con más afecto y cariño; finge saber más de lo que sabe en realidad sobre los papeles y escritos proyectados del difunto; afecta saber mucho más de lo que dice y tener manuscritos ó al ménos copias de su propiedad. Todo esto lo dice á medias palabras y con cierto misterio, para hacerse considerar y respetar por la familia. Su especialidad es el *artículo Bossuet* (manuscritos, biografía, etc.); teme la concurrencia. Si se publica sin consultarle algun escrito póstumo (como, por ejemplo, la Carta á las religiosas de Port-Royal), dice que han hecho mal en no dirigirse á él, que tiene la copia exacta y corregida del documento original. Pretende conocer los manuscritos mejor que los mismos poseores. Cuando sor Cornuau colecciona las cartas de Bossuet á ella dirigidas, lo hace por orden de materias y no de fechas. Le Dieu, al saberlo, dice con aire triunfante que él las posee por orden de fechas y que, por consiguiente, las conoce mejor que cuantos vean el volúmen de aquella religiosa. Tal es el hombre á quien Bossuet, durante veinte años que le tuvo consigo, no logró comunicarle nada de su sincera religiosidad, ni de sus virtudes. Así se explica que no llegara á concederle nunca toda su confianza, y á fe que tuvo razón.

La naturaleza subalterna y sórdida del tal Le Dieu se revela en ciertas páginas de una manera que indigna. Viendo que el abate Bossuet no le hace ninguna proposición formal, pone los ojos en el nuevo obispo de Meaux, M. Bissy, Canónigo, canciller de la catedral y poseyendo un priorato, se encuentra al fin Le Dieu en bastante buena situación: « Ya no necesito de ellos (de los Bossuet), escribe. Dejémoslos venir y entre tanto gocemos de nuestra libertad. »

Y pocos días despues, el 22 de Junio de 1705, dice:

« Hablando de los muebles y de toda la sacristía, pedí al abate Bossuet el cáliz de que me servía en París cuando yo decía la misa para M. de Meaux, á fin de servirme de él todo el resto de mis días y orar por mi bienhechor. » Ya veremos, me dijo. « Insistiré en mi

petición, ya que la he hecho, pues *hay que arrancar todo lo que se pueda á esos señores*, que nada me ofrecen ni me dan. ¡ Dios sea siempre alabado ! »

¡ No hay duda que Dios sale aquí á propósito ! Siempre que está descontento dice lo mismo : ¡ Alabado sea Dios !

Más adelante dice (1.º de Julio) :

« Estando en París, he comprado por encargo del señor abate Bossuet libros para su gabinete, con algunos ejemplares de los de M. de Meaux para el padre La Rue, jesuíta; quedó satisfecho de mis compras. He aprovechado la ocasion para pedirle el cáliz y por fin me lo ha dado. »

Pero aún no estaba contento, pues con fecha posterior encontramos lo que sigue :

« El sábado 24 (Julio de 1706), el agente de los Bossuet me envió el misal de Meaux, que *yo habia pedido* desde París al abate Bossuet y que este me concedió de mala gana; *pero en fin, ya le tengo : es preciso sacar lo que se pueda*. Con este misal he completado mi capilla. Veremos lo que ese abate *quiere hacer por mí* cuando arregle sus negocios... »

Aquí y en todo su Diario nos descubre Le Dieu sus habituales móviles. Pero no hemos acabado. Hay, sobre todo, una pieza de tapicería procedente de Germigny, que Le Dieu reclama á todo trance :

« Ya veo que el abate Bossuet no piensa regalarme la tapicería que me vendria tan bien, á mí, que trabajo actualmente para él en una cosa tan importante como necesaria « (las *Meditaciones sobre los Evangelios*).

Pone, pues, en balance una pieza de tapicería con su trabajo sobre las *Meditaciones*. Por otra parte, ni una palabra de sentimiento, ni una frase de admiracion ó de piadoso culto consagrada al hombre, al grande hombre, con quien tanto tiempo habia vivido. No es más que un ayuda de cámara descontento y quejumbroso. Plinio y Ciceron tenian por secretarios á libertos que les servian mejor, se mostraban más agradecidos y tenian mejores sentimientos.

El abate Le Dieu es de la raza y de la especie de Boswell, tal como Macaulay ha definido á este curioso y rastrero espía-biógrafo de Johnson, esto es, sin discrecion, sin tacto, sin delicadeza, y con todo esto,

y justamente por esto, incomparable biógrafo. Pero Boswell, considerando la naturaleza poderosa, colosal y á su vez grosera de Johnson, pudo pintarla maravillosamente, haciendo el libro más interesante en su género y no ocultando sus defectos de parásito. Le Dieu, por el contrario, al fijarse en las acciones de Bossuet, no ha hecho otra cosa que comprometer y deslucir su figura. Hubiera debido escoger á otro hombre para pasto de sus observaciones. Tales testigos degradan al *encenagarse* (como diria Saint-Simon) en los grandes asuntos.

Buscando en el fárrago del Diario de Le Dieu, siquiera algunas páginas que instruyan ó consuelen de tanta pequeñez y mezquindad, sólo encuentro una descripcion como un inventario, una *fotografía*, como diríamos ahora, de los salones del arzobispado de París; es la reseña de una visita hecha por Le Dieu, de parte de Bossuet, al cardenal Noailles, para entregarle un escrito en que Bossuet refutaba los de Ricardo Simon :

« Aquel dia, mártes 19 (Diciembre de 1702) llevé al cardenal un ejemplar del libro; recibia en audiencia á muchos obispos, altos personajes, grandes señoras, y estaban todos en pié, hasta las damas, hasta los obispos, como en la corte del rey. Todo el mundo mostraba un gran respeto, más que en presencia del rey; el silencio era completo desde las antecámaras, en las que esperaban los pobres sacerdotes con sus sombreros bajo el brazo, los cabellos muy cortos, las tonsuras recién hechas y todos en posturas suplicantes como seminaristas que van á examinarse para recibir las órdenes; su exterior era más compuesto que en la iglesia y más que en el altar. Las damas que yo he visto, entre ellas la señora princesa de Soubise, estaban vestidas de negro y con las gargantas cubiertas hasta la barba. Despues de la sala grande se entra en el gabinete donde está el despacho del secretario; allí habia sillas donde esperar sentados y buena lumbre en la chimenea. Se pasa del gabinete al salon donde está la cruz arzobispal. En todas partes se hallaban los suelos frotados y relucientes, los cristales claros y limpios, los muebles aseados. El gabinete de audiencia, adornado con cuadros soberbios, todos de piedad ó de la corte de Roma y la de Francia, con tapices de damasco violeta sin oro, es la última pieza de esta casa suntuosa y la destinada á las audiencias públicas: sus muebles están en el mayor orden y no falta

nada de lo que exigen el decoro y la magnificencia; en esta pieza última tambien habia buen fuego. Allí es donde Su Eminencia escucha á las damas, á los prelados y á los poderosos de la tierra, que todos están en pié en los diferentes ángulos miéntras el cardenal ocupa el centro de la chimenea con los que le hablan. Los más distinguidos de los sacerdotes se agolpan á la puerta de este gabinete para dejarse ver, y cuando el cardenal despide á alguno, aprovechan la ocasion para decirle dos palabras y recibir una respuesta seca. Yo mismo, que no tenía nada que pedir, sino, por el contrario, un presente que hacer, no me libré de la frialdad de su acogida ni de la sequedad de su respuesta.

« Estaba el cardenal en conversacion inútil con dos damas, hablando con ellas negligentemente y mirando á un lado y á otro, sin acabar nunca. Cansado yo de perder el tiempo viendo hacer visajes, aproveché el momento en que miraba hácia mi lado, que era el de la puerta: me adelanté, y le entregué mi libro dirigiéndole un corto cumplimiento. Sin decirme ni una palabra de M. de Meaux, díjome con aspereza: « ¡ Bien me ha importunado usted! », reprochándome así mis palabras de la anterior visita, en la que ciertamente habia yo hecho muy mal diciéndole que los impresores daban prisa porque el libro era esperado con impaciencia por el público... Me retiré sin replicar, bien decidido á no presentarme nunca, si puedo, en semejante espectáculo. »

En todo esto no hay nada de escandaloso; es un salon de la alta sociedad. Se ve que el cardenal de Noailles, que pasaba por algo jansenista, pero que no era por eso ménos gran señor, conservaba el tono y el aire de grandeza de su predecesor M. de Harlay.

Otro cuadro, si de cuadro se puede dar el nombre á tales descripciones de lugar, es el de una visita que hizo el abate Le Dieu al arzobispo de Cambrai poco tiempo despues de la muerte de Bossuet. Le Dieu era de Péronne, y Fénelon que lo sabia le habia invitado en otro tiempo á visitarle. Pero el abate Le Dieu no habia salido de Meaux sin proveerse de una carta de madama de La Maisonfort, antigua discípula de Fénelon que vivia en Meaux en un convento de Ursulinas. Al llegar á Cambrai supo Le Dieu que Fénelon se hallaba ausente; pero el dia del regreso se constituyó en el arzobispado á la

hora de la llegada, poco despues de mediodía. Dejó que la servidumbre bajara á recibir al prelado y él esperó en lo alto de la escalera. Si dejáramos la palabra á Le Dieu y le copiáramos sin interrupcion, conoceríamos hasta los más insignificantes pormenores, hasta los más nimios detalles acerca de Fénelon y de su servidumbre, de su casa y de su mesa. Le Dieu parece encantado de la cordial acogida de Fénelon, de su finura y de su escaso apetito; refiere los platos que probó y todo lo que se habló en la mesa, á la que fué invitado por el arzobispo sentándose á su derecha. « Sólo bebió, dice (habla de Fénelon), dos ó tres copas de un vinillo blanco flojo de color y por consiguiente sin fuerza. Por eso está tan flaco y descolorido... etc. »

En las conversaciones que tambien refiere con escrupulosa minuciosidad, hace notar Le Dieu que Fénelon no dijo ni una palabra de Bossuet, *á buena ni á mala parte*, y que al preguntarle por las circunstancias de la muerte de M. de Meaux, no tuvo para el muerto ni la menor alabanza. Entre los dos grandes hombres la ruptura habia sido completa y duró hasta el fin. Fénelon no odiaba; pero tampoco olvidaba.

Le Dieu parece no sospechar que despues de la muerte de Bossuet, y salvo la publicacion de los escritos póstumos, su Diario ya no tenía objeto. Se cree muy interesante, y nos inicia con suma complacencia en todos los detalles de la vida del capítulo, en sus querellas de coro, en sus rivalidades con el tesorero y en una multitud de pequeneces junto á las cuales son épicas las cantadas en el *Facistol* (1).

Cuando la familia de Bossuet terminados sus asuntos se retira de Meaux definitivamente, Le Dieu la saluda consignando en su Diario esta despedida cordial y conmovedora:

« Ya se fueron los Bossuet; la casa queda vacía. Hoy martes 2 de Noviembre de 1706 ha concluido la mudanza del abate Bossuet. Ya se ha ido la última carreta y hasta su procurador Cornuau. ¡ Alabado sea Dios! »

Téngase en cuenta que todavía se ha de alojar en casa de los Bossuet en sus frecuentes viajes á Paris, y ha de comer con ellos. Pero

(1) Poema burlesco de Boileau.

desconfía siempre del abate Bossuet y toma contra él sus precauciones. Al enviarle una copia de la carta latina de Bossuet al papa Inocencio XI sobre la educacion del Delfin, dice :

« Con tales gentes conviene hacer el Gascon. Veremos cómo recibe esto nuestro abate ; quiero que conozca que necesita de mí »

Por lo demas, Le Dieu es un hombre feliz á su manera ; se arregla para vivir en Meaux, donde compra una casa. Por cierto que la compra ocultando su nombre y dando el del canónigo Blouin. Cuando el hecho se hizo público se despertaron los celos y las envidias, pues la casa en cuestion era « la más nueva y la mejor del claustro. »

Le Dieu nos explica de qué modo se resfrió en un viaje y todos los dias nos cuenta cómo sigue su catarro. Más adelante comenzó á sufrir de un tumor en el pié izquierdo ; poco despues se le hinchó el derecho ; desde entónces no se encuentran en el Diario más que detalles sobre sus males de piés. Refiere diariamente los platos que comia, y hasta leemos : « He dormido bien toda la noche con un ligero sudor y sin repetir el guisado de carnero ». La historia, en fin, posee nota de las cataplasmas del tal cura hasta fines de 1713.

Así se nos muestra en la plenitud de su vulgaridad el que pasaba hasta ahora por hombre consagrado á la memoria del gran Bossuet. No sentimos lo que él pierde, sino el peligro de que leyendo mal ó identificándose el lector con las trivialidades que eran naturalmente pasto de su espíritu, se amengüe la grandeza del obispo que, no nos cansaremos de repetirlo, sólo le concedió una confianza limitada.

¡ Señores eruditos, registradores de archivos, intérpretes de pergaminos!... Os estimo y os venero por vuestra ciencia y laboriosidad cuando trascribís auténticos documentos de la edad média. ¡ Pero cuánto mal hacéis propagando el culto de los papeles viejos relativos á la literatura moderna ! Todo se imprime ; ya no hay discernimiento en la eleccion.

Lunes, 30 de Marzo de 1837.

ALFREDO DE MUSSET

I

Se anuncia la publicacion de una coleccion de poesías de Alfredo de Musset, escritas de 1840 á 1849. La anterior coleccion, á la que debe el autor su merecida fama, comprendia las poesías escritas ántes del año 1840 (1). Desde entónces ha publicado de Musset várias composiciones líricas (sonetos, canciones, epístolas, etc.) en la *Revue des Deux Mondes* y en otras partes : estas son las que ahora se han coleccionado, agregando otras inéditas. Esta nueva coleccion me facilita un pretexto, del que despues de todo no tendria necesidad, para hablar de Alfredo de Musset y para apreciar en sus rasgos generales, en conjunto y no en detalle, el carácter de su talento, el lugar que ocupa en nuestra poesía y la influencia que ha ejercido en ella.

Hace diez años próximamente, escribía M. de Musset á M. de Lamartine una *carta* en verso, en la cual se dirigia por primera vez al príncipe de los poetas contemporáneos haciéndole á su vez una de esas declaraciones públicas, directas, que el cantor de Elvira estaba acostumbrado á recibir de todo el que entraba en la carrera. M. de Musset, faltando á la etiqueta establecida, tardó más que los otros en hacerla. El poeta de *Namouna* y de *Rolla* le decia en hermosísimos versos que despues de haber creído dudar, despues de haber negado y blasfemado, se sentía iluminado por súbito resplandor :

(1) Este primer artículo sobre Alfredo de Musset fué publicado en Enero de 1830.